

anunciarme para muy pronto su segunda visita; y cuando bajaba ya la escalera, se detuvo y me dijo:

—Se me olvidaba decirle á vd. que Don José María Rojo, anda desde hace quince días buscándolo. Hoy no lo he visto, pero mañana le mandaré avisar que he dado con la casa. Yo lo averigüé al fin con un amigo que está empleado en el correo.

La alegría me aturdió y no pregunté á Carrasco el domicilio de Pepe. ¡Torpe! Tendría yo que esperar hasta el día siguiente.

Dadas las condiciones de nuestra cena, cualquier pretexto era bastante para no tener apetito. Aquella noche no fuí á la mesa. Pepe con su ancha y angulosa cara no me dejaba en quietud, y su recuerdo parecía que excitaba la comezón pertinaz que dejó en mis entrañas la conversación de Carrasco.

A las nueve tomé mi sombrero para salir; pero me detuvo la idea de que las calles estarían aún intransitables.

—No me esperará hoy; pensé, la veré mañana y quizá le lleve una noticia alegre.

III.

La Comezón.

BUSCAR el reposo en la almohada, es en ciertas ocasiones un bonísimo disparate, en el cual, no obstante, hemos incurrido todos los que alguna vez tuvimos una idea que preocupa ó una congoja que inquieta. Queremos descansar y eso basta; sin que haya razón que nos persuada ni escarmiento que nos aparte del primer designio. A la cama, que allí está el reposo. Y ponemos la cabeza en la almohada; es decir, la marmita al fuego.

Maté la luz, me volví hacia la pared, coloqué la cabeza en la mejor y más blanda porción de la almohada, cerré los párpados,

é hice un esfuerzo de convicción para no dudar que estaba yo durmiendo profundamente. Pero, por desgracia, olvidé por completo y á lo mejor, que dormía, y en vez de soñar (que era todo lo que podía permitírseme), eché con mis pensamientos por donde le dió la gana á mi destornillada cabeza.

¡Vaya un Carrasco, y qué cosas las suyas! Eso de meterse á escribir periódicos sin saber nada, es buenamente un atrevimiento grosero y hasta tonto. Á lo mejor se le descubre á uno la oreja; y aun cuando así no sea, es una mentira gordísima y vergonzosa darse por escritor quien apenas puede ser escribiente. Que yo lo haría mejor ó menos mal que Carrasco, es cosa fuera de toda duda; pero sin embargo..... estudiando, ya sería otra cosa: algo podría yo aprender y mucho lograría mejorar. Vamos á ver; en primer lugar la Gramática, aunque no fuera para entrar en polémicas sobre asuntos gramaticales, como decía Sabás; después algo de Geografía é Historia para no andarse con miedos al hablar de Prusia y de Turquía ó de Felipe II y Juan sin Tierra; en seguida

un poco ó dos de Economía Política, de Derecho Natural y Constitucional, y aun algo de buena Retórica fina y pulidita, que en estudiándola bien, enseña primores para ser literato, no que periodista. De todo esto ¿qué sabe Carrasco? Nada, y sin embargo es periodista. ¿Y cuántos habrá como él? Millares, de seguro. Desde luego es uno de ellos el que sostuvo contra Sabás la polémica sobre suspensión de las garantías individuales, que no cayó en la cuenta de la poca sustancia de su adversario; y luego son también de la misma costura los amigos aquellos que reproducían y elogiaban los artículos de Sabás, porque que los tales artículos eran una gran porquería, no debo dudarlo un segundo, puesto que Carrasco es un animal muy desarrollado.

Supongamos que acepto la proposición de mi amigo y comienzo á escribir sobre esto y lo otro; que sí podré, puesto que él puede. Algo se ha de aventurar; yo no puedo dar treguas, porque necesito un sueldo, nadie nace sabiendo, y la necesidad disculpa mi audacia. Todo esto es perfectamente claro y

debo persuadirme que nada hay de odioso en ajustar la conducta á las circunstancias. Al principio no lo haré muy bien; pero desde luego tomo el estudio con el empeño que se necesita; y al mes sé Gramática, y á los dos Retórica, y los tres, los cuatro y los cinco, lo demás que haya menester; y como la verdad es que tengo y siento ciertos bríos dentro de mí, no será mucho que á poco un artículo mío sobre el Estado X, tenga novedad, y que tal ó cual periódico llame la atención de la prensa sobre aquella producción mía. Escribo otro exponiendo los vicios, suponemos, de nuestro sistema electoral, y recibo mayores aplausos y es reproducido en tres periódicos. Pero alguno me combate y tomo por mi cuenta despedazar al tal descontento; le enderezo una respuesta viva, enérgica y profundamente razonada, que merece nuevos elogios; se entabla la polémica, animada y vigorosa, y como mi adversario es Don Fulano de Tal, hombre muy conocido y respetado en el mundo de las letras, la prensa toda sigue con interés la cuestión, hasta que declara por voz unánime que ha

quedado la victoria por el joven escritor Quiñones. Mi nombre es ya conocido, lo que lleva mi firma se lee con interés; el director del periódico está satisfecho y me aumenta el sueldo á cincuenta pesos mensuales, escribo más, y luego más sobre asuntos de importancia, tocando ya la Economía Política, ya el Derecho de Gentes, ya esta ó aquella materia intrincada y difícil, que estudiaré con asiduidad y dedicación. Y luego mi lenguaje es conciso y elegante, y sobre todo vigoroso y enérgico; muy enérgico. El Gobierno pára la atención en mi persona, los literatos, los hombres públicos, todo el mundo me conoce, y el que no, desea conocerme. Las cuestiones difíciles y peligrosas se me encomiendan á mí; el director sigue contentísimo y aun me aumenta otra vez el sueldo que quizá llegue al cabo á cien pesos. Soy el conocido escritor Don Juan de Quiñones, el hábil periodista, el publicista inteligente..... y aun quién sabe, quien sabe si por este camino se arregle al fin.....

Juro que pensé todo esto, mucho más que esto aquella noche de insomnio; y vuelvo á

jurarlo, si es preciso para que se me crea, por más que se tenga por exagerado para devaneo y sólo aceptable como invención de mal gusto. El agua derramada sobre una piedra cualquiera, apenas moja la superficie; pero vertida sobre cal viva, enciende el seno de la piedra que se desmorona encendida y humeante.

No me cabe duda: si Carrasco me hubiese propuesto otro medio de lucrar, por más que pareciera más cuerdo y realizable, no despertara tan vivamente mi imaginación. Sus palabras encontraron en mi alma una semilla fecunda, que al contacto de la nueva idea comenzaba á vivir con germinación rápida y prodigiosa.

Á haber tenido sobre la desmantelada y coja mesa de mi cuarto un poco de papel, plumas y tinta, me habría levantado de la cama para escribir en seguida un artículo sobre cualquiera cosa de las que no entendía. Pero, afortunadamente, no había sobre el tal mueble más que una cantarilla de barro y un vaso de vidrio del país, pues mis cartas las escribía yo en lo que Don Ambro-

sio Barbadillo llamaba su escritorio. Sin embargo, forjé en mi imaginación un buen trozo, defendiendo al Gobierno de los ataques que un menguado periódico le dirigía con motivo de no sé qué impuesto nuevo, y ví con verdadero regocijo, que los *términos generales* de Carrasco daban de sí en *mi pluma*, admirablemente.

Me había yo sentado al borde de la cama, como debía de hacerlo el Ingenioso Hidalgo, cuando se imaginaba, antes de su primera salida, una descomunal batalla con desmedido gigante ó con una serpiente de siete cabezas; y veía yo ¡sí! veía yo en mis manos un periódico, y en el periódico un largo artículo calzado con mi nombre, y en el artículo mil galas de lenguaje, fraseo elocuentísimo, y sutilísima argumentación. Veía yo á los pilluelos voceando *La Columna del Estado* y á los transeuntes detenerse al oír el nombre del papel, llamar al vendedor y comprar. Á mí me cortaba el paso un amigo ó quizá un personaje empingorotado de bomba y anteojos, para estrecharme la mano, felicitándome por la reciente victoria ó simplemente por

mi último artículo. Y veía yo muchas, muchísimas cosas más, con realidad palpable, sintiendo el rubor de la modestia ofendida, cuando alguien me dirigía un elogio, que no por frecuente llegaba á ser recibido con indiferencia.

Sin duda venía ya á toda prisa la mañana, porque el frío que entraba en mi estrecho cuarto, por las anchas rendijas de la puerta, se recrudeció al grado de meterme otra vez entre las sábanas muy á mi pesar. Y puesta otra vez sobre la almohada la cabeza, rendida y agotada mi calenturienta imaginación, descansé por algunas, aunque muy pocas horas, en un sueño agitado y lleno de visiones de papel impreso.

IV.

Jacinta y su casa.

○ la casa de huéspedes de la calle del Puente de Monzón no tenía cosa particular, ó hay que convenir (y quizá acertemos) en que no hay casa de hombres que no la tenga de más ó de menos. Estaba bien sucia, y en verdad no pudiera jamás estar muy limpia; y desde el zaguán, que en concepto de Barbadillo no corría de su cuenta, por ser dependencia de las gentes que habitaban el piso bajo, hasta el techo que era común á todos, la tierra en tiempo seco y el lodo en tiempo de aguas, se hacían dueños del campo sin contradicción ni envidia de los vecinos.

Una fuentecilla, cuyo surtidor, saliendo de la pared, lloriqueaba mezquinamente, solía hacer lodo al rededor por las mañanas muy temprano, cuando gracias al descanso de la noche, allegaba buen caudal y salpicaba el suelo; pero en saliendo el sol, el mozo de arriba, las criadas de abajo y la portera, la agotaban hasta raspar el fondo con las jícaras de hoja de lata, y durante el día todos ellos se disputaban el surtidor para llenar en media hora una cantarilla de quince litros. La portera vivía con su perro en el cuchitril debajo de la escalera, gruñendo siempre malhumorada y biliosa, culpando á *los de arriba* del mal estado de su salud sexagenaria, la cual, para mantenerse en paz, necesitaba que los vecinos se encerrasen á las siete de la noche. De las nueve en adelante, no la harían levantarse echando abajo la puerta, y en estos casos, que solían darse tres ó cuatro veces por semana, D. Ambrosio, previos cuatro reniegos, bajaba á abrir con la vela de vacilante llama en la mano, y calzadas las pantuflas que se arrastraban compasadamente por el suelo.

Nada tenía que decir la portera del montañés del piso bajo, pues salía y entraba por la panadería de que era dueño, sobre cuyo mostrador dormía el sobrino, recientemente importado á la República para darle carrera. Ni decía nada tampoco del matrimonio que habitaba las dos piezas interiores del fondo, porque, gozando de ciertas preeminencias con el montañés (odiosas en concepto de Barbadillo), tenía puerta franca por la misma tienda á cualquiera hora de la noche. La señora, cuarentona bien conservada y de temperamento sanguíneo, salía pocas veces por la noche, pues hacía sus visitas de día; y á pesar de su traje de gro negro que se utilizaba en las relaciones exteriores, parecía que no andaba con la holgura necesaria para asistir á teatros y tertulias. El Sr. Torrubio, su marido, le profesaba grave estimación y hacía de ella grandes elogios.

Subida la escalera (con cuidado para no romperse la crisma en los altos y despostillados escalones), se encontraba á la izquierda mi angosto y frío cuartucho, amueblado con una cama de fierro, dos sillas y una me-

sa sin pintar. Y no era el peor; pues el de los estudiantes que le seguía, sobre ser más reducido para dos personas, tenía las tablas del techo comidas por la lluvia que se filtraba, dejando ver por no pocos puntos, pedazos de ladrillo que cualquier día podían descalabrar á uno de los dos jóvenes. Y no entre en la cuenta el mueblaje; pues allí, silla que tenía respaldo, era coja ó se desarmaba con el peso del gato.

Siguiendo el corredorcillo apenas abrigado por angosto alero, y provisto de pasamano de varillas torcidas é irregulares, se llegaba, doblando á la derecha, á los dos cuartos que ocupaban el Agente de negocios, su mujer y sus tres hijos; hembra la una, entrada en trece años, fea y flacucha; varones los dos, y con gordura y robustez deslucida por los astrosos vestidos y la perpetua suciedad de las caras.

De la escalera á la sala, corrían en las mismas condiciones las vigas del piso, el pasamano y el alero, y allí se hallaba en primer término el cuarto de Doña Serafina Gomera, enclavada en la Capital desde el

año anterior, por seguir un pleito importantísimo contra la testamentaria Sánchez Solo, cuyo albacea, pillo de excelentes tamaños para un presidio, había extraviado ciertos documentos para negar á la Sra. Gomera una respetable suma, á que tenía el derecho más claro y visible de todos los derechos que ha parido la ciencia de Papiniano.

Y allí (no había que preguntarlo), donde estaba la estaca de la cotorra y la cotorra misma royendo la pared, allí detrás de la puerta única que tenía vidrios, estaba el lecho coquetamente aderezado de Jacinta Barbadillo, con sus colgaduras raídas á fuerza de lavandera; allá estaba el suelo almagrado, el tocador sacudido y la jofaina del color de la leche; pues Jacintita antes que nada era limpia, desde el alma que recibía la ablución de dos misas diarias, entre siete y nueve de la mañana, hasta los ladrillos de su habitación, que se almagraban cada dos meses. En su cuarto había amontonado Barbadillo todo el lujo que era capaz de adquirir, y en aquella alma toda la virtud que era capaz de imaginar.

Vivía aún la señora de Barbadillo, y ya su marido había abandonado la carrera de las armas, cubierto de gloria, según él decía, y con el grado de capitán, cuando Jacinta llegó á los doce años; y viendo los padres con pena que la niña no sabía casi leer, ni absolutamente pintar un palote, una tarde, á la hora que tomaban el chocolate, entraron en serias consideraciones sobre la necesidad de educarla. Don Ambrosio desempeñaba un empleo de regular dotación, y bien podía hacer el sacrificio de gastar quince pesos mensuales, con tal que la niña alcanzara una instrucción que frisara con sus buenos ojos y su limpio nombre.

En efecto, Jacinta entró en un colegio de mediana reputación, y como éste estuviera demasiado lejos de la casa de Barbadillo, acordaron que quedara en él en calidad de alumna interna, yendo á pasar á casa las tardes de los sábados y enteros los domingos.

Al principio, lloraba la chica los lunes por quedarse en casa; más pasados dos ó tres meses, se afligía extraordinariamente cuan-

do el buen papá le decía, por probar su dedicación y amor al estudio, que iba á sacarla del colegio. La sola idea de abandonar el internado la apenaba profundamente, aunque le ofrecieran que iría diariamente á sus cátedras.

Dada tal dedicación, quién sabe cuánto tiempo habría continuado los estudios, si no acaecieran á Don Ambrosio dos desgracias juntas, que le obligaron á traerla á su lado: la muerte de su mujer y la cesantía. Ya Jacinta había cumplido los catorce años; pero en los ojos negros y hermosos, tenía chispas que revelaban á la mujer, más de lo que era justo á su edad.

Cuando Don Ambrosio me contó todo esto, concluyó diciéndome:

—Crea vd. que la muchacha aprendió mucho, mucho!

A la sazón, Jacinta había cumplido los treinta y dos años, entrando en ese período de la mujer en que, por lo común, enflaquece la cara y engordan y se redondean los miembros, como á expensas de las mejillas. Tenía buena estatura, aunque no garboso

33801

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

cuerpo ni muy bien delineado, y ponía todo esmero en lucir los negros ojos; porque por lo demás, la frente estrecha, la nariz roma y los labios abultados no daban motivo á la vanidad más loca para estudiar un gesto.

Don Ambrosio consideraba embobado las bellas cualidades de su hija, poniendo, sobre todo, la mira en su inocencia; virtud que la muchacha había conservado immaculada, en concepto de Barbadillo. Por esto le causaba tanta indignación bajar los ojos al patio, y decía con frecuencia:

—Voy á tomar el piso bajo por mi cuenta, y arreglaré esta casa desde el zaguán.

Pero después reflexionaba con calma, que despedida la familia Torrubio, era de esperarse que Ferrusca, el montañés, la siguiera; la accesoria era cara, y dos ó tres meses que podía quedarse vacía eran un grave quebranto para el arrendatario.

Tal era la casa que en la calle del Puente de Monzón tenía sobre la puerta en borrosas letras azules la inscripción: *Casa de Huéspedes*.

Y si he callado respecto al segundo patio,

en que estaban el comedor y la cocina, ha sido por no entrar en menudencias prolijas, y por no traer á la memoria el mal olor y la poca limpieza que allí reinaban.